

SAFO

A la vista del mosaico que representa a la poetisa más grande de su tiempo, y me atrevo a decir que de todos, parece imposible que esta mujer alliva, dominante y segura de sí misma, se dejase abatir por algo. Y, sin embargo, en esta cronología de ahogados ocupa el primer lugar.

Safo, griega hasta la medula—había nacido en la isla de Lesbos 600 años a. de C.—, sufrió penas de amor. Ella, que había hecho pulsar con su belleza las más dulces lirras de su tiempo, no se resigna al desprecio constante de que le hace víctima el joven Faón, y un día decide desaparecer para siempre, arrojándose al mar desde el promontorio de las Leucades. Safo, enamorada de la gloria, desdeñaba a las mujeres cuyo único mérito consiste en el nacimiento, la riqueza o la hermosura. Leed lo que escribió de una de ellas.

«Muerta, serás completamente sepultada, ninguna memoria quedará de ti y la posteridad ignorará tu nombre, pues no tienes tu parte de las rosas de Piera. Andarás sin gloria por la mansión de Hadas vagando entre las sombras de los muertos más oscuros.»

SHELLEY

Todo en la muerte de este ahogado ilustre, en la muerte de este gran poeta del romanticismo inglés, tiene un tinte espectacular y grandioso. La tempestad, la calma, la hoguera. Bien es verdad que andaba de por medio la mano de aquel gran «poseur» que se llamó lord Byron.

Shelley, huyendo de la compañía demasiado ruidosa de sus amigos, se refugia a un lado de Spezia, en un lugar salvaje y deshabitado. Al mediodía, como hace calor, sale a pasear en barca acompañado de Williams. Nada hacía presagiar la tormenta, que se presenta de pronto, turbulenta y amenazadora. Un golpe de viento hace naufragar la débil embarcación, y el poeta inglés muere aquel día de verano.

Horas más tarde aparecía su cuerpo completamente deformado, y lord Byron, después de contemplar por última vez los rasgos del amigo que tanto amó, decide quemarlo en el mismo lugar donde se produjo la catástrofe.

Una hoguera gigante alumbra los rosales de la ribera. Todo se convierte en cenizas, excepto el corazón de Shelley, que lord Byron se lleva en una caja de cristal.

ANGEL GANIVET

Este andaluz, de ojos negros y barba cerrada, granadino por más señas, es el español más europeo que hemos tenido. Y al decir europeo no nos referimos a ese concepto, por desgracia tan generalizado, que supone el avergonzarse de España para cantar por contrapartida todos los bienes ajenos. Por el contrario, Angel Ganivet, que salta desde sus tertulias provincianas en *El Defensor*, el «Huerto de las tres Estrellas» y la casa de Afán de Ribera al puesto internacional de su carrera diplomática, tras una breve parada en Madrid, contempla desde entonces su patria a distancia y la conoce mejor. Conforme se aleja de ella, se siente más unido, y al tiempo que se europeaiza estudia los problemas de España con un ardor y un entusiasmo maravillosos.

En su *Ideario Español* deja plasmado todo lo que pensaba del problema de su tiempo.

Y así, escribe: «Yo decía también que convendría cerrar todas las puertas para que España no se escape, y, sin embargo, contra mi deseo, dejo una entornada —la de Africa— pensando en el porvenir. Hemos de trabajar, sí, para tener un período histórico puro; mas la fuerza ideal y material que durante él adquiramos veremos cómo se va por esa puerta del Sur, que aún seduce y atrae el espíritu nacional. No pienso al hablar así en Marruecos, pienso en toda Africa; y no en conquistas y protectorados, que esto es de sobra conocido, sino en algo original, que no está al alcance, ciertamente, de nuestros actuales políticos. Y en esta nueva serie de aventuras tendremos un escudero, y ese escudero será el árabe.»

Esta cabeza privilegiada, que, estoica y senequista, había armonizado, sin embargo, las ideas del romano-cordobés a las de su tiempo, sucumbe un día a la amargura y a la desesperación. Muere a los treinta y cuatro años, ahogado en el río Dwina, una mañana de nieve.

CON UN BRAZADO DE FLORES Y EL VESTIDO COMBADO POR UNA RACHA DE VIENTO, SE HUNDE ENTRE LAS AGUAS DEL RÍO OUSE.



Se nos puede decir que el mar es un elemento líquido de color celeste con un fondo de algas y corales al que tantas veces hicieron alusión los poetas. Sí, el mar puede ser todo eso y puede tener también la vela latina de un barco en el fondo de su horizonte, para que suspires su regreso las muchachas románticas, y el reflejo de una luna más o menos de ocasión poniendo pinceladas de plata de dos a tres de la noche. Puede tener un borde de espumas blancas al final de todas sus olas y el humo negro de un transatlántico que dibuje la palabra nostalgia en el adiós de su despedida. \* Sí, todo eso puede ser el mar en el concepto de una literatura muy sobada. \* Más nos extrañaría que se nos dijese que en su fondo de doble tapa, ese que nunca se ve, guarda secretos insondables, que no son otra cosa que los elementos magníficos de los que prefirieron su compañía a la seguridad de la tierra. Y así tiene muy bien encerrado los ojos de Safo, la voz de Shelley, el pensamiento de Ganivet, la melancolía de Alfonsina Storni, la angustia de Virginia Wolf, el misterio de la «ahogada del Sena». \* Vamos a hablar, pues, de sus adeptos incondicionales, de los ahogados, en suma. Hemos de decir previamente que los poetas en particular y las personalidades literarias en general tuvieron y siguen teniendo predilección por él.

